

Siervas de la iglesia

Aunque no tenemos prueba convincente de que el cargo de diaconisa existiera dentro de la iglesia neotestamentaria, sí hay certeza de que la iglesia tuvo siervas. No necesitamos probar la existencia de un cargo de “diaconisa”, con el fin de probar que hubo mujeres, las cuales fueron escogidas para llevar a cabo obras especiales para la iglesia. Así, el tratar de resolver la cuestión acerca de si tal cargo técnicamente existe es innecesario; pues la obra que debe hacerse existe. Además, una mujer que sólo si tuviera un cargo oficial le serviría a la iglesia, no sería la clase de cristiana que uno desearía tener en tal cargo, si es que éste existiera.

OBRERAS DE LA IGLESIA

Hubo mujeres que le ayudaron a Pablo en su obra. La iglesia de Filipos envió a un hermano a laborar con Pablo (Filipenses 2.25–28). Al ayudar a Pablo, Epafrodito estaba haciendo “la obra de Cristo” (Filipenses 2.29–30). Pablo apremió a la iglesia de Filipos a ayudarles a dos mujeres que habían laborado con él en el evangelio:

Ruego a Evodia y a Síntique, que sean de un mismo sentir en el Señor. Asimismo te ruego también a ti, compañero fiel, que ayudes a éstas que combatieron juntamente conmigo en el evangelio, con Clemente también y los demás colaboradores míos, cuyos nombres están en el libro de la vida (Filipenses 4.2–3).

Estas mujeres habían ayudado en la obra del Señor, y era justo que la iglesia les ayudara a ellas.

Las iglesias elegían y sostenían mujeres para que hicieran algo de la obra del Señor. Así, Pablo dijo:

Os recomiendo además nuestra hermana Febe,

la cual es diaconisa de la iglesia en Cencrea; que la recibáis en el Señor, como es digno de los santos, y que la ayudéis en cualquier cosa en que necesite de vosotros; porque ella ha ayudado a muchos, y a mí mismo (Romanos 16.1–2).

La obra que ella estaba haciendo no estaba limitada a las proximidades de la congregación de la cual era sierva. En Romanos 16.1–2, Pablo les dijo a los cristianos de Roma que recibieran y le ayudaran a esta “sierva¹ de la iglesia en Cencrea”. Ella le había ayudado a Pablo y a muchos otros. Ella viajaba con una carta, por decirlo así, de presentación y recomendación; pues Pablo les presenta aquí a Febe a la iglesia de Roma y les solicita ayuda para ella.

Hay algunas enfermeras cristianas que les ministran a muchos en Nigeria, las cuales son sostenidas por la iglesia. Ellas no son predicadoras, en público, del evangelio, sino siervas eficaces de la iglesia. Una iglesia—si así lo estimaba apropiado, y si estaba en condiciones— podía sostener a una mujer como enfermera a tiempo completo para ayudarles a los pobres de alguna comunidad; pues es justo que se sostenga a los que se dedican a la obra del Señor, a los que son ayudadores de muchos. No obstante, a algunas iglesias que sostienen a un conserje para que cuide de la planta física del lugar donde la iglesia se reúne (y este es un trabajo digno) les parecería fuera de orden el sostener a una enfermera para que llene las necesidades corporales de santos y pecadores.

No estamos sugiriendo que todos los siervos

¹ En la Reina-Valera se lee “diaconisa”. El autor utiliza la palabra “sierva”, y no la palabra “diaconisa”, porque la versión de la Biblia de la que transcribió este versículo, así lo consigna.

de la iglesia deban ser sostenidos económicamente por la iglesia. ¡Tendríamos una iglesia muy pobre en lo espiritual si nadie sirviera sin mediar una paga!

A las mujeres les pueden pedir los ancianos que sirvan a la iglesia de muchas maneras. Ellas pueden velar por que haya provisiones disponibles de los alimentos de la cena del Señor; pueden ayudarles a otras mujeres durante los servicios del bautismo; pueden hacer trabajo de visitación; y pueden ayudar de muchas otras maneras.

Pablo hizo ver que las mujeres en general deben poseer por lo menos algunas de las características de las mujeres mencionadas en 1 Timoteo 3.11. En Tito 2.3, dijo que las mujeres mayores deben ser “reverentes en su porte”, mientras que en 1 Timoteo 3.11, dice que las mujeres deben ser “honestas”. Las mujeres mayores deben enseñarles a las jóvenes a ser prudentes (Tito 2.3–5; ASV).² Se les habría dificultado dar tal enseñanza si ellas mismas no fueran prudentes. Sean jóvenes o ancianas, las mujeres no deben ser calumniadoras. Pablo dijo que las mujeres deben ser sobrias (1 Timoteo 3.11) y especificó que las mujeres mayores no deben ser “esclavas del vino” (Tito 2.3).

Las mujeres mayores deben ayudar a instruir a “las mujeres jóvenes a amar a sus maridos y a sus hijos, a ser prudentes, castas, cuidadosas de su casa, buenas, sujetas a sus maridos, para que la palabra de Dios no sea blasfemada” (Tito 2.4–5). Las mujeres de las cuales Pablo habló en 1 Timoteo 3.11, debían ser “fieles en todo”; esta es una descripción general, de la cual debería ser digna toda mujer cristiana madura.

La iglesia necesita más siervas de esta clase. Ellas no necesitan que los ancianos las designen en esta obra, pues es Dios quien las designa, a través de Pablo. Pablo le dijo a Tito que hablara “lo que está de acuerdo con la sana doctrina” (Tito 2.1), incluyendo instrucciones específicas para las mujeres mayores (Tito 2.3). Puede que algunos sean designados por los ancianos para obras específicas; pero a las mujeres, no necesariamente hay que designarlas del mismo modo para que encuentren y hagan uso de oportunidades de servicio.

LAS VIUDAS DE LA IGLESIA

A ciertas viudas de la iglesia primitiva se les ponía en una lista para que formaran parte de un grupo especial de viudas, las cuales eran sostenidas por la iglesia (1 Timoteo 5.9). Ellas debían llenar ciertos requisitos. En primer lugar, no habían de

ser sostenidas por la iglesia como parte del grupo especial de viudas, a menos que carecieran de sostenimiento por parte de parientes (1 Timoteo 5.3–4, 16). Eran viudas que habían quedado solas (1 Timoteo 5.5). En segundo lugar, habían de ser no menores de sesenta años de edad. En tercer lugar, eran viudas con experiencia en asuntos domésticos; habían criado hijos. En cuarto lugar, eran conocidas por sus buenas obras, incluyendo la hospitalidad para con extraños, las labores humildes tales como el lavamiento de los pies de los santos y el socorro de los afligidos. De hecho, debían tener “testimonio de buenas obras”, y haber “practicado toda buena obra” (1 Timoteo 5.10). Se trataba de “las que en verdad eran viudas”, a las que la iglesia debía ayudar (1 Timoteo 5.16).

¿Qué servicios les prestaban estas mujeres a la iglesia? Como mujeres de oración que eran —y todos los cristianos deben orar— ellas oraban por la iglesia en general, y por individuos en particular. Estas eran mujeres cuya esperanza estaba puesta en Dios, y que eran firmes en la oración. No eran irregulares en sus vidas de oración, sino que continuaban “en súplicas y oraciones noche y día” (1 Timoteo 5.5). No obstante, ellas no eran mujeres que no hacían otra cosa más que orar. La oración es parte esencial de la vida de todo cristiano, pero la vida cristiana no se vive solamente orando. Hay varias responsabilidades que se nos presentan a todos; y estas viudas habrían tenido responsabilidades equivalentes a sus habilidades, instrucción y fortaleza. Dado que ellas habían sido diestras amas de casa, ellas podían ayudar a las mujeres más jóvenes. Dado que ellas sabían cómo mostrar hospitalidad y cómo cuidar de los afligidos, ellas podían servirle a la iglesia en tales menesteres.

La iglesia de Jope tenía miembros que eran viudas:

Había entonces en Jope una discípula llamada Tabita, que traducido quiere decir, Dorcas. Esta abundaba en buenas obras y en limosnas que hacía. Y aconteció que en aquellos días enfermó y murió. Después de lavada, la pusieron en una sala. Y como Lida estaba cerca de Jope, los discípulos, oyendo que Pedro estaba allí, le enviaron dos hombres, a rogarle: No tardes en venir a nosotros. Levantándose entonces Pedro, fue con ellos; y cuando llegó, le llevaron a la sala, donde le rodearon todas las viudas, llorando y mostrando las túnicas y los vestidos que Dorcas hacía cuando estaba con ellas. Entonces, sacando a todos, Pedro se puso de rodillas y oró; y volviéndose al cuerpo, dijo: Tabita, levántate. Y ella abrió los ojos, y al ver a Pedro, se incorporó. Y él, dándole la mano, la levantó; entonces, llamando a los santos y a las viudas, la presentó viva (Hechos 9.36–41).

² Nota del traductor: ASV son las siglas para indicar que la cita proviene de la versión inglesa de la Biblia conocida como la American Standard Version.

Las Escrituras no declaran que Dorcas fuera una de las viudas que estuviera en la lista de viudas sostenidas por la iglesia. Las que “en verdad” eran viudas y que formaban parte del grupo especial de viudas mantenidas por la iglesia, eran las que habían quedado solas (1 Timoteo 5.3–5); no tenían quien las mantuviera. Si algunos de sus familiares podían mantenerlas, ellos debían hacerlo para que no fuera gravada la iglesia. El mismo principio podría aplicarse a la viuda que estaba en condiciones de mantenerse con su propio trabajo. Si podía mantenerse con su propio trabajo, no tenía razón para gravar la iglesia con la manutención de ella. La iglesia debía mantener a las que en verdad eran viudas (1 Timoteo 5.16). Dorcas parece haber sido una mujer con recursos suficientes como para mantenerse a sí misma, pues estaba en condiciones de hacer abundantes buenas obras para los demás. Se dice de ella, que “abundaba en buenas obras y en limosnas que hacía” (Hechos 9.36). Llenara, o no, los requisitos de una que “en verdad” era viuda, lo cierto es que ella le servía a la iglesia haciendo buenas obras por Cristo. Ella se juntaba con las viudas, y éstas guardaban estrechos lazos con ella. Leemos que cuando murió: “le rodearon [a Pedro] todas las viudas, llorando y mostrando las túnicas y los vestidos que Dorcas hacía cuando estaba con ellas” (Hechos 9.39). No obstante, la frase “con ellas”, no necesariamente se refiere a que estaba “con ellas” como una viuda más; esto puede sencillamente significar: “cuando estaba viva”. El que no tuviera familia es algo que parece darse a entender por el hecho de que cuando fue resucitada, nada se dice acerca de ser presentada a su familia; sino que fue presentada “a los santos y a las viudas” (Hechos 9.41). Puede que Dorcas jamás se hubiese casado, hasta donde el texto permite ver; pero lo cierto es que ella era una mujer que le servía a Cristo, y que la iglesia de hecho tenía un grupo de viudas.

Algunos creen que las mujeres a las que se refiere 1 Timoteo 3.11, eran las viudas que “en verdad” lo eran de 1 Timoteo 5.3. Es cierto que estas viudas hubieran llenado los requisitos de 1 Timoteo 3.11, aunque las mujeres de 1 Timoteo 3.11, no estaban tan estrictamente limitadas por sus requisitos, como si lo estaban las viudas que “en verdad” lo eran. Si estas “mujeres”, “en verdad fueron viudas”, hubiera sido muy sencillo para Pablo haberlas denominado así; pero no lo hizo. No hay nada en el texto, acerca de las viudas, que indique que Pablo estuviera dándole continuidad al discurso de 1 Timoteo 3.11.

Las viudas que en verdad lo eran, habrían de estar en condiciones de hacer la obra de “ancianas” de Tito 2.3, pero no hay nada que indique que tales “ancianas” debían tener los requisitos que las viudas “en verdad” tenían.

CONCLUSIÓN

Las mujeres pueden servir a Cristo con sus destrezas y algunas, como Dorcas, pueden hacerlo con aguja e hilo. Las mujeres le sirvieron a la iglesia neotestamentaria en todos los menesteres que hemos descrito. Ellas también podían servir de cualquier otro modo que guardara conformidad con sus destrezas, con su instrucción, con las oportunidades que se les presentaran y con los principios bíblicos que regulan la posición de las mujeres en la iglesia. Toda congregación tiene sus siervas mujeres, hayan sido, o no, elegidas y nombradas formalmente. Toda congregación tiene mujeres con las que la iglesia sabe que puede contar, y que son a las que llama, o las que automáticamente responden y corren a llenar ciertas necesidades. ■

Esta lección es un extracto de: James D. Bales, *The Deacon and His Work (El diácono y su obra)* (Shreveport, La.: Lambert Book House, 1967), 79–83. Adaptado y usado con permiso.